

primeramente hará su aparición, después, rechazada por otros emigrantes, abandonará el país sin dejar huellas en él. Por otra, los pueblos acantonados en su macizo de montañas ó encerrados en su valle de cultivo, estrechamente limitados, estarán compuestos de pastores y de agricultores residentes acostumbrados á un género de vida estable, teniendo instituciones permanentes y relaciones determinadas con las naciones limítrofes. La historia suele abarcarles en sus descripciones y en sus relatos, en tanto que permanece por largo tiempo ignorante de las hordas fugitivas y lejanas que se agitan al otro lado del Cáucaso.

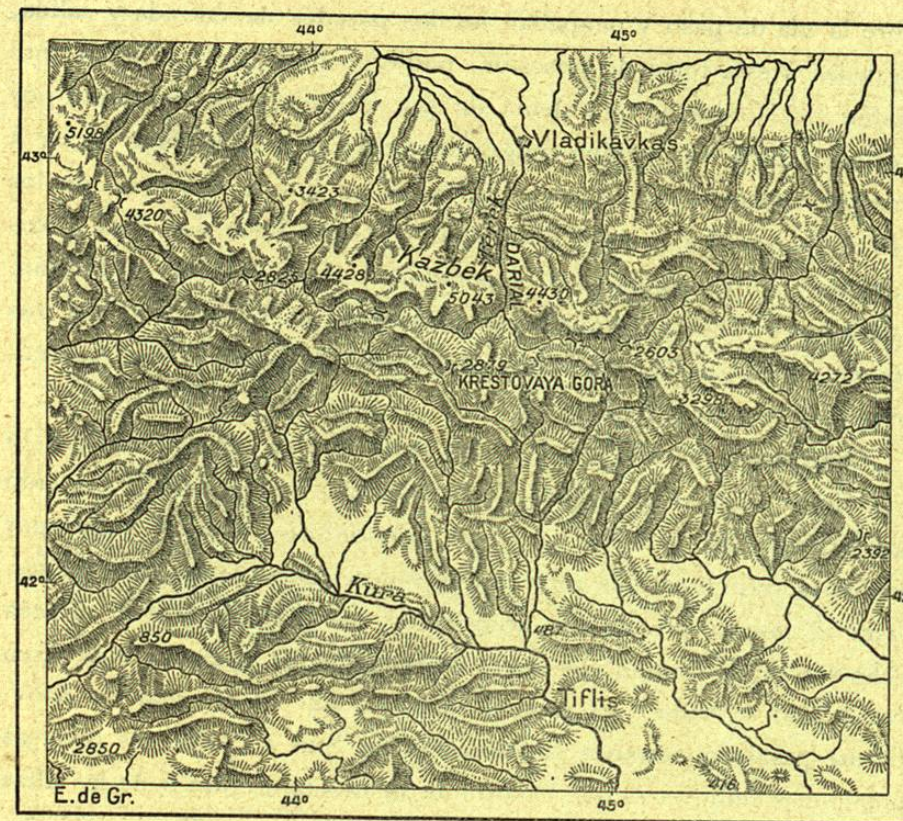
En los orígenes de la humanidad consciente, los montes de entre Caspio y Ponto Euxino presentan, pues, dos fases de carácter bien distinto: el lado de la civilización relativa y el de la barbarie; la luz al Mediodía, y la sombra sobre la vertiente del Norte. Sin embargo, podían sobrevenir cambios de una á otra región, pero más aún por vías indirectas que por los pasos directos de las montañas. Se ha demostrado, durante el curso de los siglos, que los movimientos de emigración y de conquista se han hecho muy frecuentemente desde el Asia anterior y las llanuras sármatas — la Rusia meridional — propagándose al Oeste, por la Tracia europea, á lo largo de las orillas del mar Negro. En otro tiempo los Kimerianos y los Scitas, lo mismo que los Turcos en época más reciente, hicieron así el gran circuito siguiendo las costas, de conformidad con la «ley del menor esfuerzo».

Sin embargo, por áspero que sea el acceso, por dificultades que presente la múltiple muralla del Cáucaso, colocado oblicuamente entre los dos mares, sobre una longitud de un millar de kilómetros y separando una de otra comarcas muy diferentes por la naturaleza del suelo y del clima, hubo pueblos que, aterrorizados por la huida ó impulsados por entusiasmo victorioso de expediciones guerreras, vinieron frecuentemente á chocar contra esos montes é intentaron franquearlos. Hubo ocasiones muy excepcionales, épocas de grandes trastornos nacionales, en que por escotaduras favorables en las altas aristas, se presentaban bandas armadas tratando de forzar un paso, ó bien se produjo un movimiento de emigración lenta.

La primera de esas puertas naturales se abre hacia la mitad del istmo, medido de Este á Oeste, en el lugar más estrecho, donde se cuentan unos 500 kilómetros de mar á mar. De ambos lados, de la

Cis-Caucasia á la Trans-Caucasia, se levanta hacia el punto débil de la cadena por un ancho valle, al Norte el del Terek, al Sud el del Kura, los dos ríos más caudalosos del Cáucaso; los alineamientos de las montañas no presentan en la región de la arista baja sino una centena de kilómetros de espesor. El punto más elevado de la garganta,

N.º 74. Paso del Darial.



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

llamada hoy el «monte de la Cruz» — Krestovaya Gora — (2263 metros), no alcanza el límite de las nieves persistentes que, en ciertas partes del Cáucaso, no se halla sino á 3500 y hasta 4000 metros de altura. El camino que ha de seguirse para atravesar la montaña en este sitio está tanto mejor indicada cuanto que la cordillera del Norte, prolongación de la arista mayor del Cáucaso occidental, está comple-

tamente cortada por las aguas del Terek; sólo hay una cresta que atravesar y el viajero que ha remontado por gargantas y valles el curso del río y contorneado el enorme macizo del Kazbek, franquea un estrecho muro y desciende al valle de un afluente del Kura.

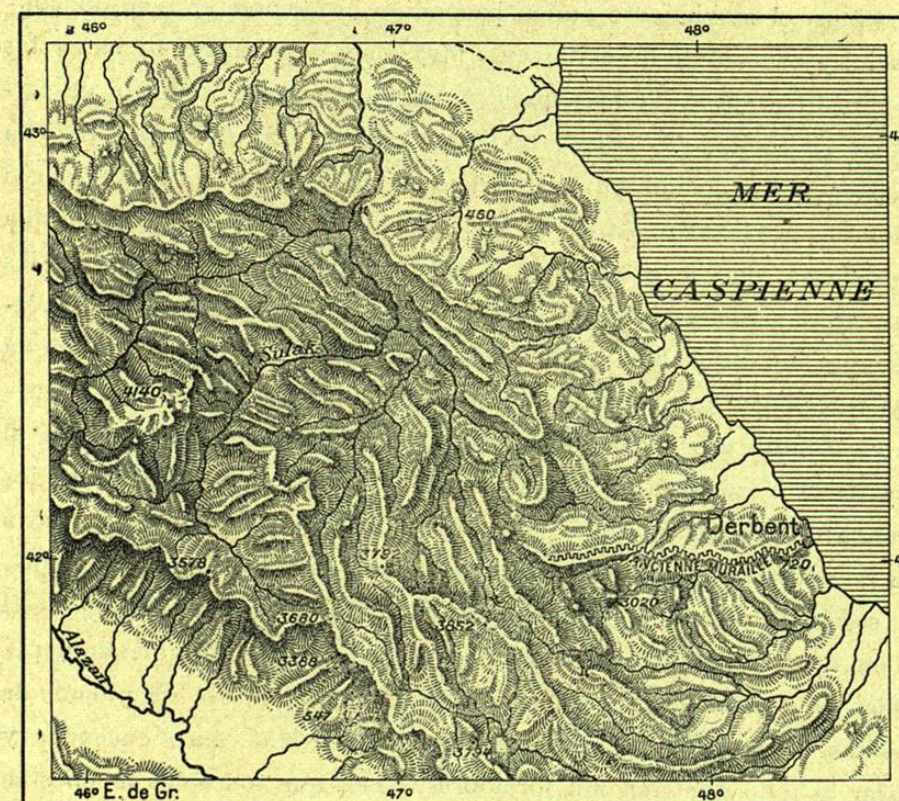
Ahora bien, desde los orígenes de la historia se comprueba que poblaciones de procedencia iránica, los Osses ú Ossetas, que á sí mismos se dan el nombre de Iron, se habían establecido sólidamente sobre la vía de paso y ocupaban las dos paredes de entrada y salida, y gracias á esta toma de posesión, pudieron defender ese importante camino del Cáucaso, que debía de ser un centro de atracción por excelencia para los pueblos emigrantes; pero el peligro hubo de ser á veces gravísimo, sobre todo en la época en que la irrupción de los bárbaros descendía hacia el Mediodía, y á él se debe que hará próximamente catorce siglos, dos emperadores, el de Rum y el de Irán, Justiniano y Chosrav Anurchivan (Chosroas el Justo), unieron sus esfuerzos para guardar las puertas del Darial, en el desfiladero central, contra los invasores Khasar.

Otra puerta natural del Cáucaso es la que se abre al Este, á lo largo de las costas del Caspio. Las montañas se inclinan de ese lado muy bruscamente y dejan entre sus promontorios amplios valles por los cuales serpentean los torrentes que descienden de las altas nieves. Hasta el mismo pie de los acantilados, las playas del mar ofrecen ancho y cómodo camino, debido al descenso de las aguas marinas, cuyo nivel actual se halla á 27 metros más bajo que el del mar de Azov. Por ese pasaje penetraron en dirección de Sud á Norte las diversas poblaciones emigrantes que bajaron de la meseta de Irán ó de las altas tierras vecinas, Medas y Persas, Turcos y Tártaros, Tats y Talichs.

El Cáucaso representa una inmensa barrera que los pueblos en marcha tratan de franquear por su punto débil. Por un fenómeno de empuje etnológico perfectamente análogo al movimiento producido por las aguas en un estanque, los emigrantes chocan contra el muro, y no pueden atravesarle, puesto que la única puerta de esclusa abierta en el espesor del muro es aquella en que están establecidos los Osses, apoyados sobre las obras de defensa construídas en la garganta de Darial: no tienen, pues, más recurso que deslizarse hacia la derecha en una larga vena por el pasaje que sigue el litoral del Caspio. Fuera

de la brecha, la ola móvil de los emigrantes habrá de replegarse, girando en las llanuras como un inmenso remolino, proyectando hasta su cresta el reflujo en alguna depresión del reverso de la montaña. Eso mismo, en efecto, es lo que se produce: inundación de las aguas, inundación de los hombres obedeciendo á las mismas leyes. Así vemos

N.º 75. Daghestan, Puertas de Hierro.



los Tats y los Talichs de la cuenca del Kura penetrar á lo lejos en estrecho pasadizo de las «Puertas de Hierro»; del mismo modo el territorio de los Tártaros Azerbeidjani se continúa al Norte por el de los Tártaros Rumik, y éstos tienen por vecinos en las llanuras de la Cis-Caucasia, sus antecesores, los Tártaros Nogai, mientras que otros Tártaros aún, los Karatchai, fueron empujados por la fuerza de la emi-

gración hasta los valles caucásicos de la vertiente septentrional. Pero la corriente de esos pueblos procedentes del Sud por el paso de la ribera caspia se encuentra en las llanuras bajas con una inundación de otras poblaciones turanias que llegaron por la ancha abertura practicada entre los montes Urales y el mar Caspio.

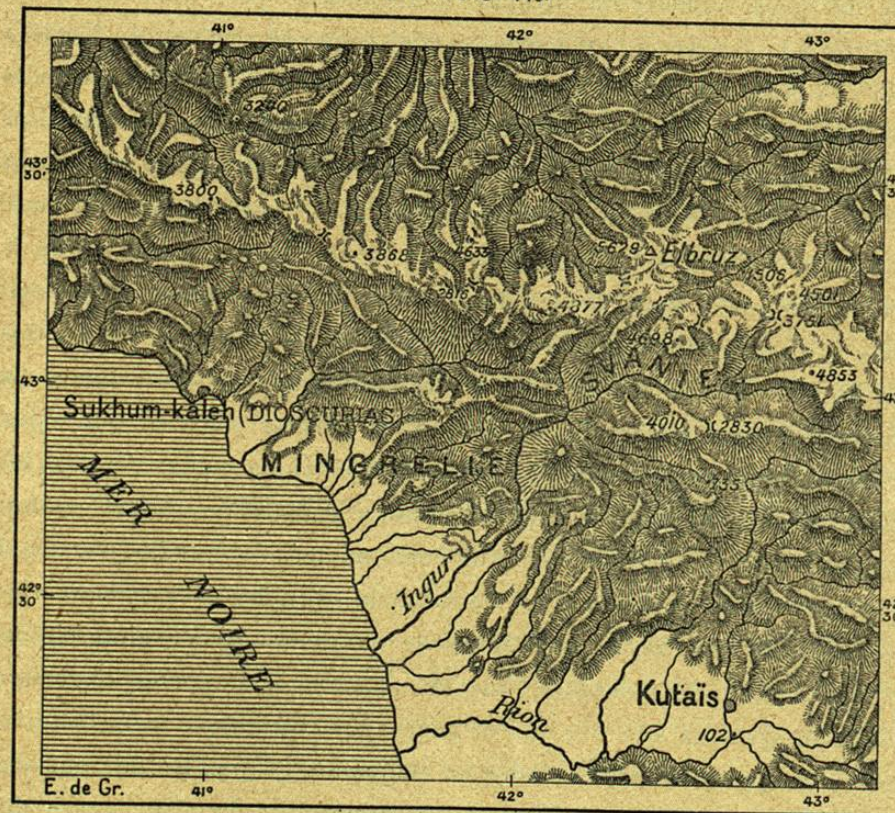
Si los emigrantes del Sud han seguido en distintas ocasiones la ribera occidental del Caspio para extenderse al Norte en las llanuras sármatas, el movimiento étnico ha podido producirse en sentido contrario, y con objeto de evitar esas invasiones de nómadas bárbaros, los dominadores de la Transcaucasia se ocuparon frecuentemente de fortificar el desfiladero, sobre todo en el punto más favorable para la resistencia, conocido en el día bajo el nombre turco de Dervent ó «Puerta de Hierro». Antes de la invención de la artillería, la muralla de defensa, que se prolongaba á una treintena de kilómetros en las montañas y penetraba en el mar por una alta escollera, era verdaderamente infranqueable. Firduzi, en el *Libro de los Reyes*, atribuye su construcción al gran macedonio, y la reedificación, á Chosrav Anur-chivan: entre esos dos edificadores, la crónica menciona también al rey persa Yezdegerd II, que vivía en el tiempo de la invasión de los Hunos; el objeto de todos esos reyes consistía en cerrar el paso á los pueblos «monstruosos» del Norte, á los «terribles Gogs y Magogs», ó, según la terminología mahometana, á los Yadjuj y Madjuj¹. El poeta describe de este modo la obra de Alejandro: «Habiendo depositado por capas sucesivas lechos de cobres, de hierro, de plomo, de piedras, de troncos de árboles y de haces de leña, hizo encender y atizar el todo por cien mil forjadores, hasta que todos los metales se hubieron fundido en una sola masa». El muro que vemos hoy se considera como el resto de aquella muralla de Alejandro.

Á pesar de Alejandro y de los otros reyes legendarios, los Yadjuj y los Madjuj, es decir, los invasores de todas las razas del Norte, pasaron por el camino fatal, que por lo demás no estaba obstruido en la parte septentrional. En esta región del Cáucaso, denominada actualmente el Daghestan ó «País de las Montañas», entre la punta de Apcheron y el valle del Sulak, los valles irradian hacia el Este,

¹ D'Ohsson, *Voyage d'Abou el Cassim*.

el Nordeste y el Norte, y así es como sucesivamente pudieron deslizarse hacia el interior del macizo las multitudes de esos fugitivos y conquistadores que, con los emigrantes de la vertiente meridional, se reúnen en una admirable Babel de naciones heterogéneas.

N.º 76. Valles cerrados del Cáucaso occidental.
(Véase pág. 443)



1: 2 000 000

0 10 20 30 40 50 Kil.

Toda la parte occidental del Cáucaso, comprendida entre el Darial y el Bósforo cimeriano (kimeriano), presenta una grandísima unidad en sus elementos étnicos, unidad que corresponde de manera notable con la sencillez de su formación orográfica. En primer lugar, la cadena occidental, muy regular en su orientación hacia el Noroeste, se presenta realmente como una muralla inaccesible sobre su desarrollo de unos 200 kilómetros, desde el Kazbek al Elbruz ó Minghi-Taou;

además, el escaso espesor de la cordillera, que no dejaba al interior más que un corto número de cuencas favorables á la colonización, obligaba á detener su marcha ó replegarse lateralmente en dirección al mar á aquellos emigrantes á quienes la lucha por la existencia había conducido al pie del Cáucaso ó de sus cordilleras paralelas al Norte ó al Sud. La montaña no les ofrecía en esta parte de su arista más que un corto número de brechas transversales que invitaban á los viajeros á la ascensión; los muros paralelos que se suceden de Norte á Sud son muy difíciles de franquear, los más bajos á causa de sus rocas abruptas y de sus bosques continuos y casi impenetrables, los más altos por sus nieves. En cuanto á intentar un viaje circular para rodear de una á otra vertiente la extremidad del Cáucaso occidental, casi quimérico hubiera sido emprenderlo, porque los promontorios de la orilla meridional, todos fáciles de defender por corto número de hombres, se sumergen á centenares en las olas del mar Negro. Hace dos mil años se instaló un ejército de trabajadores, bajo las órdenes de Mitrídates, para trazar allí un camino en cornisa como el que sigue el Mediterráneo entre Niza y Spezia: era el único medio de unir las dos mitades de su inmenso imperio, al norte y al sud del Ponto Euxino; pero este camino duró solamente un corto número de décadas, porque ni los emperadores de Roma ni los de Bizancio se cuidaron de conservarle; los Rusos le restablecieron después de un abandono de veinte siglos.

Al macizo de montañas, uno en su formación, corresponde una población que sea una por sus orígenes, sus costumbres y su historia, pero á la que el acantonamiento en pequeños grupos ha diferenciado poderosamente. Á excepción de los Svanés de la alta cuenca del Ingur, y de los Karatchai «gentes del Torrente Negro», de los valles septentrionales vecinos del Elbruz, todos los habitantes de las montañas del Oeste pertenecían al grupo de las naciones más ó menos mezcladas que en otro tiempo se designaban bajo el nombre genérico de Tcherkesses ó Circasianas. Verdad es que los Kabardes (Kabardin, Kabertai) del Este, los Adighé del Nordeste, los Abazes ó Abkhazes de la vertiente meridional presentaban entre sí notables diferencias, procedentes del suelo, del clima y de las relaciones de comercio, pero constituían un grupo étnico perfectamente diferenciado. Tal era, de una manera general, la distribución de los pueblos

en el Cáucaso antes de la llegada de los Rusos, y puede decirse con toda certidumbre que en la época antehistórica, las condiciones del medio, análogas á las de nuestros días, determinaban una agrupación de la misma naturaleza entre los escasos habitantes.

Cualquiera que fuese el origen de tal ó cual tribu de las montañas, la manera de ser de la comarca condenaba á la mayor parte de los indígenas á una existencia completamente aislada. Los valles del Cáucaso, no ofreciendo más que una puerta del lado de la llanura, y hallándose limitados por todas partes por las nieves y los glaciares inaccesibles, constituían otros tantos dominios distintos, á veces hasta verdaderas prisiones, trampas inmensas en que se veían encerrados ciertos pueblos, que conservaban su individualidad particular. Había valle de la Svanecia (Suanecia, Svania) ó del Daghestan que era un mundo verdaderamente cercado, donde alguna familia aprisionada vivía desconocida de las naciones del exterior, formando por sí sola una pequeña humanidad que ignoraba la existencia de la gran humanidad del extenso mundo. En ninguna otra región montañosa de Europa y de Asia se observa la existencia de tantos grupos humanos que se distinguen claramente unos de otros y se nieguen á reconocer lazos de parentesco que, no obstante, son incontestables; debido á que en ninguna otra comarca como el Cáucaso presenta al mismo tiempo y en el mismo grado caracteres de orden más diferente, ni ejerce, por la riqueza natural de su flora y la dulzura de su clima, un poder tan grande de atracción, ni posee, por la forma de sus cuencas de difícil salida, tan poderosa fuerza de fijación.

Un pasaje de la *Geografía* de Strabon, citado muy frecuentemente (libro XI, c. II, p. 16), refiere que, según las relaciones de los mercaderes «trescientos pueblos» se encontraban á veces sobre el mercado de Dioscurias, la Sukhum-Kaleh actual. El geógrafo griego, protestando contra esta exageración, evalúa, sin embargo, en setenta el número de las poblaciones diversas de distintas lenguas cuyos representantes cambiaban sus géneros en la ciudad de Dioscurias: estos datos precisos los debía sin duda Strabon á Moapherne, tío paterno de su madre, que había sido gobernador de la Cólquide (lib. XI, c. II, p. 18), y puede tanto más creerse en su verdad aproximativa, cuanto que, sólo para la Transcaucasia, el censo de 1891 enumera